

guros, con el cual invadieron la Iberia y la Armenia; otros entre las concavidades del Cáucaso mezclados bajo el nombre de sabiros con los eslavos, produjeron tal vez la nación rusa (16). Los ostrogodos, que, a pesar de haber sido avasallados por Atila, conservaron algún resto de independencia y sus propios reyes estaban gobernados a la muerte de Atila por tres hermanos amalos, Valamiro, Teo-

(16) LEVESQUE, *Historia de Rusia*.

domiro y Videmiro, y se repartieron la Panonia. Arderico, rey de los gépidos, se extendió por la Alta Mesia y por una parte de la Dacia: los rugos, que, en tiempo de Tácito, residían junto á la embocadura del Oder, y de quienes conserva memoria la isla de Rugen, no vuelven á aparecer más que en los ejércitos de Atila; después de su muerte se establecieron en las comarcas situadas al norte del Danubio, donde están actualmente el archiducado de Austria y la Moravia, y permanecieron allí hasta que destruyó su dominación Odoacro (487).

CAPITULO XVI

ULTIMOS EMPERADORES DE OCCIDENTE

La misma noche en que exhaló Atila el postrer suspiro, había el emperador Marciano visto en sueños que el arco del conquistador se hacía pedazos. Habíase roto efectivamente, aunque no por eso se cicatrizaban las gangrenadas llagas del imperio, donde hasta se deseaba el triunfo de los bárbaros, por lo mucho que los impuestos abrumaban. Descargaban los ricos todo el peso sobre los pobres, que ya ni siquiera tenían, como alivio de su miseria, el recurso de las larguezas imperiales. Las sospechas multiplicaban las confiscaciones y las persecuciones criminales; muchos individuos, en rebeldía contra la sociedad y las leyes, se entregaban al pillaje en los caminos y en las aldeas; su número había llegado á ser tan considerable que, bajo el nombre de bagaudes, habían arrancado á la dominación romana la Armórica y parte de la España. Muchas provincias se habían perdido, otras estaban en vísperas de rebelarse. Apenas era vencida ó fijaba su residencia en algun punto una población bárbara, se veía asomar otra en ademán amenazante con íntegras fuerzas. Hallábanse debilitados los ejércitos y exhausto el tesoro: un sentimiento general de lasitud y de espanto oprimía los espíritus y hacía temer la aproximación del duodécimo siglo de Roma, reputado como funesto á su duración en los cálculos sacerdotales de los etruscos.

Muerte de Aecio, 450.—Hasta los mismos emperadores, incapaces de promover el bien, no sabían otra cosa que acelerar la ruina del imperio. Valentiniano III, joven, falto de energía, se desenfrenó después de muerta Placidia, y concibió odio y sospechas contra Aecio, el salvador del imperio, á instigación de sus eunucos, y le atravesó el corazón con la espada, de que nunca había sabido hacer uso contra los bárbaros: de una manera igualmente vil y cobarde fueron asesinados los amigos del pa-

tricio. Luego se atribuyeron á Aecio, como á todo hombre que sucumbe, proyectos ambiciosos, inteligencias con el enemigo, tentativas de revolución en el Estado. Quédannos muy pocos documentos para comprobar el hecho: sin embargo, sus actos nos le presentan como incapaz de soportar un émulo de poder y de gloria, y no como ávido de la categoría suprema, que nadie hubiera podido disputarle. Ageno al sentimiento que inspira el amor de la patria, no comprendía otra libertad que la que estribaba en emancipar á su soberano del extranjero yugo, y á sí propio de todo el que intentara oponer obstáculo á sus deseos. Peleaba por aquel honor militar á cuyo impulso van todavía actualmente millares de soldados á prodigar su vida y á figurar como héroes en interés de una causa que no han examinado, ó que tal vez ignoran. No faltaron aplausos al asesino imperial, si bien un romano se atrevió á decirle: *Has procedido á semejanza del que se corta la mano derecha con la mano izquierda.*

Muerte de Valentiniano III.—A despecho de su virtuosa mujer Eudoxia, Valentiniano injuriaba el pudor hasta de las damas principales. Habíale opuesto una virtuosa resistencia la mujer de un rico senador de la familia Anicia, llamado Petronio Máximo; pero cierto día que había ganado á éste crecidas sumas al juego, le obligó á que le entregara su anillo en prenda, y se lo envió á aquella por quien ardía en deseos, haciendo que la dijeran como su esposa la aguardaba. De esta suerte llegó á satisfacer su brutal apetito; pero Máximo, furioso, se propuso lavar semejante afrenta con sangre. Dos soldados de Aecio, admitidos imprudentemente en las filas de los guardias, le ofrecieron el auxilio de sus brazos, y degollaron al emperador (16 de marzo de 455).

Máximo.—No costó mucho tiempo á Máximo

conseguir que le proclamaran señor del imperio; pero aquel fué el término de sus prosperidades y de las virtudes de que hasta entonces había dado ejemplo. Una excelente fortuna, sus elegantes y generosos modales, le habían conquistado numerosos clientes y amigos sinceros, permitiéndole sustentar dignamente la categoría de la familia Anicia. Dos veces cónsul, tres prefecto del pretorio en Italia, y por último patricio, agregaba á los cuidados exigidos por tan altas funciones la afición de honestos solaces, y el reloj hidráulico le servía para distribuir las ocupaciones del día. ¡Cuanto hubo de encontrarse á la cabeza de un imperio, cuya grandeza no era capaz de hacer renacer persona humana! ¡Cuántas veces al fin de días borrascosos y tras largas noches de insomnio hubo de quejarse de su suerte con su amigo Fulgencio, exclamando: *¡Dichoso Damocles, cuyo reinado empezó y acabó en el mismo banquete!*

Quiso consolidarse en el trono haciendo que su hijo contrajera matrimonio con Paladia, primogénita del emperador asesinado; y aun él mismo, habiendo perdido su virtuosa mujer, se casó con la viuda de Valentiniano. Esta que solo había cedido á la violencia, deseosa de vengar á su marido y á sí misma, recurrió al terrible Genserico, á quien sedujo la circunstancia de poder dar á la invasión un honroso pretexto. Armó una numerosa escuadra, y en ella se hizo á la vela desde Africa, con sus vándalos y un cuerpo de alanos, y desembarcó en la embocadura del Tiber. Máximo, que, por una imperdonable incuria, no había preparado nada para la defensa, solo pensó en la fuga, exhortando á los senadores á hacer otro tanto; mas no bien se presentó en las calles, fué acometido á pedradas y se arrojó su cadáver al Tiber (12 de junio).

Genserico en Roma.—Tres días después de aquella sedición había llegado ya Genserico sin esgrimir una sola vez las armas á las puertas de Roma, que no sabía más que gemir y orar, mostrándose valiente para el asesinato, y totalmente desprovista de denuedo para la defensa. Nuevamente extendió la religión su égida sobre la ciudad. León, que la había protegido contra el furor de Atila, se encaminó procesionalmente con el clero á los reales de Genserico, y fuerte con la autoridad de hombre venerado, con la santidad de su ministerio, le indujo á prometer que, si no le oponía ninguna resistencia, perdonaría á los habitantes del incendio y de la matanza, y á los prisioneros de la tortura. Fué entregada la ciudad á un saqueo de catorce días: las riquezas que se habían escapado de la codicia de los soldados de Alarico, se amontonaron entonces á bordo de los bajeles africanos, como para consumar la venganza de Cartago sobre su rival.

El templo de Júpiter en el Capitolio, monumento de patriotismo y de magnificencia más bien que de religión, fué despojado de su techumbre de dorado bronce: no obstante, las estatuas de los dioses

y de los héroes quedaron intactas. Tito había depositado en el templo de la Paz los objetos preciosos arrebatados del culto hebraico en la Judea, la mesa de oro, el candelabro de los siete mecheros, también de oro: todo fué arrancado de allí por las gentes de Genserico. Tampoco se exceptuó del pillaje á las iglesias cristianas, y el papa León mandó fundir seis vasos de plata de cien libras cada uno regalados por Constantino. Nada decimos de los despojos de los palacios, robados con rapacidad tanta, que habiéndose adelantado la misma Eudoxia al encuentro del libertador á quien había llamado, se vió desposeída en brevisimo instante de las joyas que llevaba encima: después fué trasladada con sus dos hijas á bordo de las naves, en compañía de millares de esclavos escogidos por su robustez ó por su hermosura.

Un viento favorable empujó la escuadra hacia Cartago con el botín y los cautivos, á quien el obispo Deogracias prodigó socorros sin tasa. A fin de rescatar á algunos de ellos y para hacer más llevadera la suerte de los demás, vendió los vasos de oro de su iglesia: convirtió dos templos en hospitales para asistir á aquellos que á consecuencia de la angustia y de la travesía habían caído enfermos, les distribuyó camas, y les proporcionó la subsistencia y los medicamentos. Aun siendo muy anciano pasaba en persona la noche cerca de ellos, ofreciéndoles aquellos consuelos á la caridad únicamente reservados.

El poeta Paulino, obispo á la sazón de Nola, empleó en el mismo uso todas las riquezas de los templos; y como no le quedara ya cosa alguna para proveer al rescate del hijo de una pobre viuda, se hizo esclavo en su puesto (1).

Avito.—Por otros puntos hacían también los bárbaros continuas irrupciones, y las provincias sacudían el yugo de Roma. Habíanse adelantado los francos y los alemanes hasta el Sena; talaban los sajones las costas: los godos aspiraban á hacer duraderas sus conquistas. Máximo había confiado el cargo de reprimir á estos últimos á Flavio Avito, noble auvernio, que en su mocedad se había dedicado á la literatura y al estudio del derecho, sin que por esto descuidara las armas y la caza. Había merecido bien de su patria tanto en la paz como en la guerra, peleando en unión de Aecio, lo cual le había valido ser nombrado prefecto del pretorio en la Galia. Por moderación natural, ó tal vez por ponerse á cubierto de la envidia, se había retirado á su casa de campo cerca de Clermont, donde pasaba el día con sus amigos: in-

(1) Semejantes hechos no son raros entre los primeros cristianos, puesto que leemos en la *epístola* primera de San Clemente: «Conocemos á muchos de los nuestros que por libertar á sus prójimos, tomaron voluntariamente las cadenas; á muchos que se doblegaron á la servidumbre, para alimentar á los demás con el precio que la venta de su libertad les había valido.»

vertía la mañana en el juego de pelota ó en su biblioteca, compuesta de lo más selecto de los autores griegos y latinos: á la hora de la comida y de la cena le servían con la mayor sencillez manjares cocidos ó asado rociado con vino; y empleaba el resto del día en dormir, montar á caballo y saborear el placer del baño (2).

Engolfado se hallaba en estos dulces solaces, cuando recibió las cartas en que le anunciaba Máximo como le había nombrado general de la caballería y de la infantería. No negó á su patria los servicios que exigía de su persona, y ora fuese porque inspirara confianza á los bárbaros, ora porque les infundiera miedo, es lo cierto que se mantuvieron en reposo, y al fin pudo respirar el pueblo. Tampoco desdeñó dirigirse personalmente en calidad de embajador á Tolosa, para tratar allí con el rey de los visigodos, de quien dependía la tranquilidad de su territorio. Hallábase gobernado aquel pueblo por Teodorico II, el cual había ascendido al trono quitando la vida á su hermano Turismundo, acusado por él de haber querido celebrar alianza con el imperio. Muchas veces le había tenido en sus brazos Avito cuando todavía era tierno infante, y hasta le había enseñado á comprender á Virgilio. Estas antiguas relaciones de amistad dieron margen á que, tan luego como se supo la muerte de Máximo, ofreciera Teodorico á Avito prestarle ayuda para que se enseñoreara del poder soberano, objeto de sus aspiraciones: proclamóle emperador la asamblea anual de las siete provincias, congregada junto á Arlés. Fué reconocido por Marciano (10 de Julio) y no pudo ser rechazado por Roma ni por Italia, que se limitaron á rogarle que fijara su residencia en la antigua capital del mundo. Encaminóse á ella efectivamente, y el poeta Sidonio, su yerno, hizo decir á Júpiter, en un panegírico largo y enojoso en verso, lo siguiente: «No de otro modo soportó por algún tiempo el Tirincio el peso de los cielos y de su madrastra, cuando substituyó á Atlas en la roca líbica; y reposó más seguramente sobre los hombros de Hércules la mole del mundo.—¡Oh Roma, madre de los dioses, orgullosa con tantos príncipes, torna á alzar la frente! Un príncipe de edad madura te rejuvenecerá más de lo que te habían hecho envejecer emperadores niños.—Y los dioses aplaudieron las palabras de Júpiter y las parcas hilaron en sus veloces husos los siglos dorados por este imperio.»

Adulaciones torpes, mentirosos vaticinios. No supo resistir la virtud de Avito á las seducciones de una categoría á la que todavía quedaban los goces, á falta de la grandeza. Hízose muchos enemigos agravando con la deshonra á infinidad de maridos. Poco tardó en estallar el descontento, y el Senado, á quien había restituido alguna autori-

dad la flaqueza de los soberanos, usó de su derecho de elegir los emperadores. Esta pretensión hubiera tenido pocas consecuencias en sí misma, á no haber sido apoyada por el conde Ricimero, uno de los principales jefes de los bárbaros auxiliares de Italia. Vástago de los suevos por su padre y de los reyes visigodos por su madre, había prestado eminentes servicios al imperio, y la destrucción de sesenta galeras vándalas en las aguas de la isla de Córcega acababa de hacer que se le saludara con el título de libertador de la Italia.

Envanecido con su triunfo intimó á Avito á que depusiera la púrpura (16 de octubre de 456); y le dejó que buscara su seguridad haciéndose consagrar obispo de Plasencia. Persiguióle hasta en esta ciudad la venganza del Senado, y lo sentenció á muerte; y mientras huía hacia su patria, Auvernia, murió ó fué asesinado.

Mayoriano.—Después de haber quedado vacante por algún tiempo, el imperio fué conferido á Julio Valerio Mayoriano (15 de agosto de 457), que era digno de reinar en época más venturosa. Había servido á las órdenes de Aecio con la reputación de un hombre denodado, liberal y hábil hasta lo sumo; y su gloria había excitado la envidia de aquel general, quien le había despojado de su grado. Devolviéronsele después de su muerte, y Ricimero, elevado á patricio de Italia, lo nombró general de la caballería y de la infantería: cuando en aquel elevado puesto hubo repelido Mayoriano á los alemanes, que se habían atrevido á avanzar hasta Belinzona, le encumbró Ricimero al trono de que disponía á su albedrío, si bien como bárbaro no osaba sentarse allí en persona.

Mayoriano puso en conocimiento del Senado y del ejército su elección en los términos siguientes (3). «Sabed, oh padres conscriptos, que he sido nombrado emperador por elección vuestra y por la sanción del valerosísimo ejército (4). Sea propicia la divinidad á este acto en obsequio del bien público y en vuestra ventaja, otorgando venturoso éxito á nuestro reinado; puesto que no he llegado al poder supremo por mi voluntad propia, sino por ciega sumisión al voto público, á fin de no vivir para mí solo, ó de no parecer ingrato con una negativa á la república, para lo cual he nacido. También hemos tomado venturosamente en las calendadas dedicadas á Jano las haces del consulado, á fin de que el presente año, aprovechándose las ventajas de nuestro naciente imperio, fuera igualmente designado con nuestro nombre. Auxiliad ahora al príncipe que habeis nombrado, tomad parte con nosotros en el cuidado de tratar los negocios, con el objeto de que á beneficio de nuestra común

(3) *Novella Major*, tomo III; á continuación del Código Teodosiano.

(4) *Ordo omnis regum dederat, plebs, curia, miles Et collega simul.*

SIDONIO, *Carm.*, V, 388.

solicitud crezca en grandeza y poderío el imperio que me fué dado por intervención vuestra. Creed que la justicia será atendida en nuestro tiempo, y la virtud podrá prosperar bajo la tutela de la inocencia. Nadie tendrá que temer el espionaje, ya reprobado por mí como simple particular en las costumbres ajenas, y condenado especialmente ahora. Tampoco tema nadie las calumnias, á excepción de los que sean autores de ellas. Tendremos particular cuidado, en compañía de nuestro padre y patricio Ricimero, cuyo activo celo vigilará por las cosas militares, y con el auxilio de la divinidad siempre poderosa, en conservar intacto el mundo romano, que nuestra común solicitud ha preservado ya de las discordias domésticas y de los enemigos exteriores. Asociado en otro tiempo á vuestros peligros y á vuestros trabajos, espero que nuestra elección habrá de grabarse en nuestra memoria, y me prometo que no ha de faltarme vuestro afecto; y si el cielo me lo concede, me esforzaré en las cosas comunes con la autoridad de un príncipe y los miramientos de un colega, para proceder de manera que nunca tengais motivo de arrepentiros respecto del juicio que de mi persona habeis formado.»

Esta proclama reprodujo por la vez postrera el lenguaje de los primeros días del imperio, caído en desuso hacía mucho tiempo. El escaso número de leyes que este emperador promulgara, respiran sentimientos generosos expresados con dignidad suma, propios de un padre que gobierna y rige á pueblos muy desventurados: allí donde puede, aplicar remedio á los males, y los compadece en caso de impotencia. Mayoriano alivió á las provincias, «destrozadas por la exacción variada y múltiple de los tributos, y por el enorme peso de las contribuciones extraordinarias» aboliendo las antiguas deudas al fisco; y quitó la jurisdicción de los impuestos á las comisiones extraordinarias (5), para restituirla á los provinciales.

Los senados menores, es decir, los cuerpos municipales, *visceras de la ciudad y nervios de la república*, estaban de tal manera envilecidos por la injusticia de los magistrados y por la venalidad de los exactores (6), que se resignaban muchos á un destierro obscuro y lejano, á trueque de no formar parte de ellas. Mayoriano exhorta á los decuriones á volver, al tiempo que suprime las obligaciones ominosas que les habían obligado á desertar. En su consecuencia los releva del deber de ser respon-

(5) Estas comisiones se componían frecuentemente de favoritos, que abusaban de su autoridad para henchirse de riquezas, apelando á los artificios más sutiles. Nos dan á conocer las leyes uno de ellos. Habiendo sido maleadas las monedas, pretendieron no recibir más que oro del cuño de Faustina y de los Antoninos, lo cual duplicaba el impuesto en atención á que aquellos que no lo poseían estaban obligados á someterse á transacciones onerosas.

(6) *Novella mayor*, t. IV.

sables de la recaudación de los impuestos en las localidades donde tuvieren su residencia, exigiéndoles únicamente una minuciosa y exacta cuenta del ingreso, y una lista de los deudores morosos. Restituye á los defensores de la ciudad su poder tutelar, exhortando á elegir para aquel puesto á personas incorruptibles, capaces de sostener con energía al pobre, de combatir á los opresores, y de informar al emperador de los abusos cometidos en su nombre.

También proveyó á la reparación de los antiguos edificios, ora se desmoronaran por descuido, ora hubieran sido derribados para tener pronto y á la mano materiales que emplear en modernas construcciones. Debía ser azotado, cortándole además las manos, el empleado de un magistrado que permitiera sin necesidad la demolición de edificios antiguos.

Ninguna doncella pudo consagrarse á Dios antes de cumplir la edad de cuarenta años. Aquellas viudas, que aún no los habían cumplido, tuvieron necesidad de contraer segundas nupcias, ó en otro caso resignarse á perder la mitad de sus bienes. Declaróse asimismo la nulidad de los casamientos desiguales. Se castigó al adúltero con la confiscación de bienes y con el destierro; y en caso de volver á Italia, era lícito quitarle la vida. En gracia de la rectitud de la intención cabe perdonar la parte excesivamente minuciosa y severa de estas disposiciones, así como sus reminiscencias paganas.

Derrotó á Genserico que había desembarcado en Italia, é inmediatamente después de su victoria concibió el proyecto de recuperar el África; pero siéndole imposible restablecer el valor y la disciplina en las legiones, tomó á sueldo (458) bárbaros que acudieron de todas partes, y especialmente aquellos á quienes dejaba sumidos en la inacción la muerte de Atila. Trasponiendo á la cabeza de ellos los Alpes en lo más rígido del invierno, venció al rey de los visigodos Teodorico II, que dilataba cada vez más sus conquistas tanto en las Galias como en España, y le aceptó por aliado. Tuvo á raya á los bagaudes, mientras que los arsenales de Miseno y Rávena trabajaban con la mayor actividad en el equipo de una escuadra: muy en breve se reunieron en Cartagena trescientas galeras de alto bordo, y otros tantos bajeles más pequeños. Cuéntase además que Mayoriano se trasladó en persona á Cartago con troje y en calidad de embajador, para tomar conocimiento del estado de la ciudad con sus propios ojos. Para conjurar la tormenta apeló nuevamente Genserico á sus artificios ordinarios, reducidos á dilaciones y vilezas. Pero cuando comprendió toda la esterilidad de semejantes medios, hizo de la Mauritania un desierto, reunió sus fuerzas, y saliendo al mar sorprendió á la escuadra mal resguardada en Cartagena y le prendió fuego. De esta suerte se vió Mayoriano en la imprescindible necesidad de admitir una tregua, durante la cual se ocupó en hacer nuevos preparativos. En esto el desagrado que habían excitado sus reformas

anteriores subió de punto á consecuencia del reciente desastre; y el ejército sublevado le mató en Voghera (2 de agosto de 461).

Libio Severo.—Entonces Ricimero preceptuó al Senado que eligiera á Vibio ó Libio Severo obscuro lucano, el cual no tardando en molestar á aquel de quien era hechura acabó su existencia (15 de agosto de 465); y durante veinte meses sin que le invistiera título alguno, gobernó Ricimero todas las cosas, percibiendo las contribuciones, reclutando el ejército y celebrando alianzas en su propio nombre. Sin embargo protestaban contra su dictadura Marcelino y Egidio. Literato el primero y fiel á la religión antigua había disfrutado la intimidad de Aecio, y había sido blanco de las persecuciones de Valentiniano: posteriormente le confiara Mayoriano el gobierno de la Sicilia y el mando del ejército reunido contra los vándalos en aquella isla. Habiendo ocupado después la provincia de Dalmacia, tomó allí el título de patricio de Occidente, y haciendo el corso en el Adriático, infestaba las costas del África y de la Italia. Egidio, maestro de la milicia en la Galia, se declaró enemigo de los asesinos de Mayoriano: á la cabeza de un ejército numeroso se hizo formidable al otro lado de los Alpes, y figuró como caudillo de los francos en el transcurso de los cuatro años que estuvo su rey Childerico en destierro. Ricimero y el emperador enviaron en contra suya al conde Agripino, quien, mediante la cesión de Narbona á Teodorico II y de una porción de territorio á los burgundios, los atrajo para ir contra Egidio; pero este derrotó á sus enemigos cerca de Orleans y amenazó en seguida la Italia. Tal vez Ricimero no encontró más recurso, para libertarse del yugo, que envenenar á Egidio.

También había bajado á Italia Beorgor, rey de los alanos (6 de febrero de 464); pero sufrió bajo los muros de Bérgamo tan completa derrota, que desde entonces esta nación no vuelve á ser mencionada. Genserico, á quien no había conseguido debilitar en lo más mínimo el peso de los años, zarpaba todas las primaveras del puerto de Cartago al frente de una fuerte escuadra; y cuando le preguntaba el piloto á qué rumbo hacía vela, solía responderle: «Navega hácia donde nos lleven los vientos; ellos nos conducirán á la playa que desee castigar la Providencia divina.» Todas las comarcas bañadas por el Mediterráneo fueron infestadas por aquellos ladrones que más ávidos de botín que de gloria, no aventuraban batallas á campo raso, ni acometían tampoco las plazas fuertes, sino que hacían una batida en las costas montados á caballo, ejercían sus rapiñas sobre lo mejor y más bello, y volvían á embarcarse. A estas correrías de piratas acompañaban las más atroces crueldades, y de una sola vez fueron arrojados al mar quinientos ciudadanos de Zante.

Había hecho el rey vándalo á su hijo Hunerico contraer matrimonio con la hija de Eudoxia, viuda de Valentiniano III, que pretendía tener parte en

la herencia imperial, como único vástago de la sangre de Teodosio: suministrábanle, pues, un pretexto, que explotaba hábilmente, los derechos de la princesa su nuera. A peso de oro compró el emperador de Oriente su sosiego y la restitución de Eudoxia. De este modo solo el Occidente se vió expuesto á las devastaciones de Genserico, y como Ricimero carecía de fuerzas navales, hubo de consentir en que los italianos recurrieran á la mediación del emperador de Constantinopla.

Antemio.—Este príncipe envió embajadores á Marcelino, quien satisfecho de verse reconocido por aquel acto como soberano de la Dalmacia, se comprometió á permanecer en reposo. Al revés Genserico, alegaba sus pretensiones y quería que Anicio Olibirio, cuñado de su hijo, fuera proclamado augusto; pero en su lugar, después de estar vacante largo tiempo, fué proclamado Procopio Antemio, gálatas de nación, uno de los personajes más distinguidos del imperio de Oriente.

Púsose en camino desde Constantinopla con muchos condes y un escasísimo ejército, y entró triunfante en Roma (12 de abril de 467), donde aprobaron su elección el Senado, el pueblo y los aliados. Había contraído matrimonio con una hija del emperador Marciano, y dió la suya por esposa al patricio Ricimero, cuyo enlace fué celebrado con indefinible magnificencia. Al salir Antemio de Constantinopla había cedido su palacio para que fuera transformado en un baño público, en un hospital para los ancianos y en una iglesia: sin embargo, en Roma toleró los residuos del paganismo y á los herejes: hasta renovó en el foro Trajano la antigua ceremonia de la manumisión de esclavos dándole una bofetada, *pronto*, dice su panegirista, á emancipar á los antiguos esclavos y á hacer otros nuevos (7).

Entonces empleó León, emperador de Oriente, sus fuerzas y ciento treinta mil libras de oro en purgar de vándalos el Mediterráneo. Hizo el prefecto Heraclio un desembarco en las costas de Trípoli con las tropas de Egipto, de la Tebaida, de la Libia, con caballos y camellos árabes y asaltó á Cartago. Reconciliado el patricio Marcelino con el imperio, botó al mar sus bajeles acostumbrados al corso y expulsó á los vándalos de la Cerdeña. Basilio, hermano del emperador de Oriente, mandaba la escuadra de mil ciento y trece naves, llevando á bordo más de cien mil hombres, entre soldados y chusma, pero después de haberse unido con el éxito más venturoso á los que habían de auxiliarle en su insigne empresa, no tuvo el valor

(7) *Nam modo nos jam festa vocant, et ad Ulpia poscunt*

*Te fora, donabis quos libertate Quirites,
Quorum gaudentes exceptant verbera mala.
Perge, pater patria felix, atque omine fausto
Captivos vincitque novos, absolve vetustos.*

SIDONIO, Paneg.

de avanzar contra Cartago, y cedió a las instancias de Genserico otorgándole una tregua de cinco días. El intrépido vándalo, diestro en sacar partido del más reducido plazo, halló medio de incendiar la escuadra, y los dos imperios vieron desvanecerse en el transcurso de algunas horas un armamento que había agotado sus recursos. Basilisco huyó con dirección a Constantinopla, llevando apenas la mitad de sus bajeles: Heraclio se retiró al desierto; Marcelino a Sicilia, donde fué asesinado; y Genserico, nuevamente soberano absoluto del mar, agregó la Sicilia a sus Estados.

Además perdía el imperio otras provincias. En la Galia ocupaban los burgundios, aun sin contar las dos Borgoñas, los países que después fueron el Lionés, el Delfinado, la Provenza hasta el Duranzo con parte de Suiza y la Saboya. Gundecaro fué considerado como fundador del primer reino borgoñón, que dejó al morir a su hijo Gundiuco. Eurico, sucesor de Teodorico II y legislador de los visigodos, asaltó la España (466), de donde expulsó a los romanos y avasalló a los suevos, reduciéndoles a poseer únicamente la Galicia. En la Galia se apoderó del mismo modo de Arlés y de Marsella y rechazó a los romanos hasta el otro lado de los Alpes, haciéndose de consiguiente dueño de todo el país comprendido entre los Pirineos, el Ródano y el Loira.

Auvernia.—La Auvernia, última provincia avasallada por César, fué igualmente la última en que sobreviviera el patriotismo romano. En la resistencia que puso a Eurico, fué auxiliada por Ecdicio, hijo del emperador Avito, quien levantó por su autoridad privada un ejército de borgoñones para libertar aquel territorio. Acreditó en aquel trance no menos caridad que bizarría, y en una época de escasez llegó a atender a la subsistencia de cuatro mil pobres. El poeta Sidonio, su cuñado, obispo de Clermont, excitaba con actos religiosos el valor del capitán y de los defensores de la comarca (472), y hacia en derredor de la capital asediada las expiatorias rogativas, intróducidas poco antes por Mamerto, obispo de Viena. En aquella ocasión escribía el poeta lo que sigue: «Circula el rumor de que los godos están en movimiento para invadir el territorio romano; y nuestro país, la desventurada Auvernia, es constantemente la puerta de sus irrupciones. Nuestra confianza contra el peligro no proviene de nuestras derruidas murallas, de nuestras máquinas roídas por el tiempo, de nuestras almenas desgastadas por el roce de nuestros pechos, sino de la santa institución de las rogativas, que sostiene a los auvernios contra los horrores que les cercan por todas partes» (8).

Muchas veces habían sido repelidos los bárbaros por aquellos hombres generosos llenos de piedad, cuya honda adhesión ignoraba Roma, y a quienes no llevaba ningún socorro: todo cuanto pudo reca-

bar Antemio se redujo a inducir a Riotimo, caudillo de los bretones, a ir en ayuda de los auvernios, el cual fué vencido. A pesar de este desastre no cayeron en desaliento, y ya habían rechazado nuevamente de Clermont a los asaltadores, cuando supieron que un nuevo augusto trataba de cederlos a Eurico. Una elocuente carta de Sidonio (9) se opuso infructuosamente a tan vergonzoso convenio. «¿Merecían estos acaso las llamas, el hierro, el contagio? ¿Acaso para obtener esta espléndida paz hemos arrancado las yerbas silvestres de las aspilleras de nuestras murallas? ¡Por Dios! Avergonzaos de ese tratado, que no es útil ni honroso. Si es preciso, aceptamos gustosos el asedio, la lid, el hambre; pero en el caso de que se nos entregue en manos del enemigo, quedará demostrado que concebisteis cobardemente un bárbaro proyecto.»

Olibrio.—No encontrando Ricimero a Antemio bastante dócil a sus voluntades, se había retirado de Roma a Milán y poniéndose de acuerdo con los bárbaros, amenazaba con una guerra civil al Occidente. Yendo y viniendo Epifanio, obispo de Pavía de una ciudad a otra a fin de reconciliar al emperador de nombre con el emperador de hecho, creyó poder lisonjearse de haberlo conseguido; pero el corazón del bárbaro patricio rebosaba de odio. Tan luego como reunió una respetable hueste de borgoñones y de suevos orientales, rehusó obedecer al imperio griego, y a su elegido; y después de haber proclamado a Olibrio, se puso en marcha contra Roma. Este senador, perteneciente a la familia romana más ilustre, se había casado con Placidia, última hija de Valentiniano III, por la cual pretendía asistirle derechos al imperial trono, derechos que eran apoyados por los vándalos. A invitación de Ricimero renunció a los ocios de Constantinopla, desembarcó en Italia, y fué por el conducido a Roma. Pero el Senado y el pueblo estaban en favor de Antemio, y sostenidos por un ejército de godos ó galos opusieron una tenaz resistencia de tres meses: no obstante Ricimero acabó por llevar la mejor parte de la pelea. Mandó asesinar al emperador su suegro (11 de julio de 472), y en el saqueo de Roma se cebó la rapacidad de la soldadesca.

Julio Nepote.—Cuarenta días después murió Ricimero cesando de subvertir el imperio y dejando el mando del ejército a Gundebaldo su sobrino, príncipe de los borgoñones. Olibrio no le sobrevivió más que siete meses, y el imperio fué usurpado (473-474) por un Glicerio, no sabemos cuál después León, emperador de Constantinopla, lo confirió a Julio Nepote, sucesor de su tío Marcelino, en la soberanía de la Dalmacia. Habiéndose trasladado a Italia, donde le costó muy poco trabajo hacer obispo a su competidor Glicerio, pareció brindar al imperio decadente un porvenir más venturoso.

(8) *Ep.*, 1, l. VII.(9) *Ep.*, 7, l. VII.

Pero lejos de allí los visigodos amenazadores le obligaron a que les cediera la Auvernia: a su lado los bárbaros auxiliares se sublevaron a las órdenes de Orestes, y marcharon desde Roma sobre Ravena. Julio Nepote huyó (28 de agosto de 475) de aquella ciudad al aproximarse los rebeldes; y renunciando a un trono, que sorprende ver todavía disputado por competidores, se retiró a su principado de Dalmacia, donde fué asesinado cuatro años más tarde por dos cortesanos de Glicerio.

Orestes.—Orestes, hijo de Tatulo, es el mismo a quien vimos al lado de Atila en calidad de secretario y fué enviado de embajador a Constantinopla por el rey de los hunos. Después de la muerte de su terrible soberano rehusó prestar obediencia a sus hijos, así como a los visigodos, y reuniendo una falange de bárbaros entre los que seguían al Azote de Dios, especialmente hérulos, escirros, alanos, turcilingios y rugos, se puso con ellos a sueldo de Roma, bajo el acostumbrado nombre de aliados. Por necesidad ó por miedo le acariciaron los emperadores, colmándole a manos llenas de regalos, de dignidades, hasta el punto de nombrarle general y patricio.

Augústulo.—Infiel auxilio, porque no bien hubo adquirido autoridad sobre su banda, como valiente soldado que era, compatriota suyo y acostumbrado a su modo de vivir, les indujo a quebrantar su juramento de obediencia, y a proclamar emperador a su hijo Rómulo Augusto, denominado por cariño Momilo Augústulo (28 de octubre).

Considerando aquel hacinamiento de aventureros al nuevo emperador como hechura suya, pretendían sujetarse a todos sus caprichos, hacerle aumentar el salario y multiplicar las liberalidades. Hay más: envidiosos de los bárbaros que en la Galia, en Africa y en España habían adquirido estancias duraderas, solicitaron que se les diera igualmente una tercera parte de las tierras de Italia. Orestes se negó resueltamente a esta exigencia, si bien encontraron a un hombre que la satisfizo.

Odoacro.—Odoacro, hijo de aquel Edecón colega de Orestes en la embajada de Atila a Constantinopla, sin más herencia que su denuedo, pensó en sacar de él provecho para hacer fortuna en medio de aquellos tiempos borrascosos, y lo empleó en la rapiña y en el servicio del extranjero. Anduvo errante por algún tiempo en la Nórica: bajando luego a Italia, vibraron en sus oídos las murmuraciones de

los aliados, quejándose de la negativa de Orestes; y les prometió otorgarles su demanda, siempre que reconocieran su autoridad suprema. Acudieron resurosos a sus banderas (476), y entonces se adelantó sin encontrar obstáculo de ninguna especie hasta el Adda: cogiendo después prisionero a Orestes en Pavía, le condenó a muerte. El imbécil Augústulo, a quien recomendaba su juvenil hermosura, le inspiró lástima ó quizá desprecio; perdonóle, pues, la vida, y le señaló una renta de 6,000 monedas de oro. Al postrer sucesor de Augusto se le fijó por residencia Luculiano, quinta situada sobre el delicioso promontorio de Miseno, construida por Mario, hermozada por Lúculo con todas las artes de Grecia, transformada en habitación de recreo de los emperadores, y convertida en fortaleza durante las invasiones.

Entonces pareció supérflua la dispendiosa dignidad de emperador, y por disposición del bárbaro escribió el Senado romano al emperador Zenón a Constantinopla, diciéndole que juzgaba no deber continuar por más tiempo la sucesión imperial en Italia, por considerar bastante la majestad de un solo monarca para defender el Oriente y el Occidente; y que debía Constantinopla figurar como sede del universal imperio, y siendo suficiente la protección de Odoacro a la república romana, se rogaba a Zenón que le concediera el título de patricio con la administración de la diócesis itálica.

Al principio vaciló el emperador, si bien acabó por consentir. De esta suerte fué como en la persona del joven hijo de Orestes, que por extraña coincidencia, reunía los nombres del primer rey y del primer emperador de Roma, concluyó el imperio de Occidente, cuatrocientos setentiseis años después de Jesucristo, quinientos y siete después de haber la batalla de Accio establecido la dominación de uno solo, mil doscientos veintinueve años después de la fundación de Roma, setecientos cuarenta después del primer desembarco en Africa, quinientos cincuenta después de la primera guerra de los germanos, trescientos diez después de la guerra de los marcomanos, época en la que comenzó la gran invasión. Durante este largo período fué gobernada Roma primeramente por reyes, luego cuatrocientas ochentitres veces por dos cónsules anuales; y finalmente por setentitres emperadores.